



Aizate: una escuela especial

El tiempo pasa inexorablemente y, sin apenas darnos cuenta, el ayer va quedando cada vez más lejos. Hay, sin embargo, algunos aldabonazos que tocan en nuestro interior y nos obligan a girar la cabeza para mirar al pasado. Esta mirada es una mezcla de nostalgia, de pena... acompañada de una sensación de realismo, que ayuda a recomponer una unidad de vida casi olvidada.

Juan María Leonet Zabala

En 2016 nos dejó una persona que hizo felices a muchos niños y niñas de los caseríos más alejados de Errenteria en un área limitada por Aldura y Estrataburu. Se trata de Josefa Etxeberria Sarasti, que regentó una singular escuela ubicada en Aizate, cerca de los caseríos Belaztegi, Txoritokieta, Suanza y Fraile o Errekalde y Egieder. Creo que es de justicia recordar

a las sacrificadas personas que, diariamente, asistían después de largas caminatas para ofrecer la cultura básica, para muchos la definitiva. Otros llegaron a la Universidad, o regentaron empresas, o fueron profesores, religiosos y religiosas, incluso abadesas... Mis recuerdos de esta escuela son tan vivos, que me impulsan con fuerza a su publicación.



Foto familiar.
Josefa es la segunda por la izquierda de pie

Uno de los pilares de esta escuela fue Josefa Etxeberria Sarasti. Nació en el barrio Alzibar, Oiartzun, el 1 de mayo de 1922, hija de Patxi y Mikela. Aquí vivió en Villa Zamora. Patxi era de Añabitarate. Josepa y algún hermano suyo fueron con los abuelos Nikolas Sarasti y Tomasa Isasti al caserío Belaztegi. Nikolas tenía un carácter cerrado, muy aferrado a las ideas tradicionalistas de la época. Cuando llegó la electricidad, creyó que era obra del demonio y no permitió que en sus terrenos se instalara un solo poste de conducción eléctrica. En Belaztegi no hubo electricidad hasta la muerte de Nikolas. El dueño de Belaztegi compró Aizate y los terrenos adyacentes. Años más tarde vendieron las propiedades de Belaztegi, incluido Aizate, a Valeriano Beratarbide, dueño de Altamugarri Goiko y de Kukularre, y a su esposa Antonia Leonet, de Epixkar. Los nuevos dueños pusieron a la venta parte de los terrenos y construyeron un nuevo edificio muy cerca de Aizate. Actualmente, fallecidos los padres, vive en él Teresa Beratarbide Leonet. Así se produce el gran contraste. Antonia, convertida en dueña de una escuela, cuando de niña guardaba las ovejas de su tío en Baringarate, y lloraba al no poder

acompañar a los grupos de niños y niñas que corrían alegres a Aizate.

La familia dejó Alzibar y se instalaron en el bar La Fonda, situado en la plaza mayor de Oiartzun. Era conocido popularmente como *Amurraya*, pues Patxi tenía muchas pecas, que asemejaban a la trucha. Era éste el lugar de encuentro de los baserritarras los domingos, donde tomaban café antes de la misa mayor y los porroncitos típicos después de la función religiosa. *Amurraya* fue ampliando sus servicios hasta convertirse en un interesante restaurante. Josepa tiene estos hermanos: Julián, Encarnación, Juanita, José, Teresa, Áurea, Miren, José, Vittorio y Primi. Una hermosa familia. Julián, Encarnación, José y Vittorio fallecieron. Juanita, Teresa y Primi emigraron y tienen su residencia en Caracas.

Se casó en 1950 con Segundo Elícegui, oriundo del caserío Aranbide, de Oiartzun. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia del Santo Cristo de Lezo. Fijaron su residencia en Erreterria, en la calle Martín Etxeberria y, desde 1978, en Corsario Ikutza. Tuvo cuatro hijos



Josefa en el día de la boda



Josefa al cumplir 92 años

(Agustín, Juan Miguel, José Ángel y Juan José), y tres hijas (María Benita, María Milagros y María Aranzazu). Sus vidas se reparten entre San Sebastián, Vitoria y Hendaya, mientras Juan José reside en Barcelona.

Josepa se hizo cargo de la escuela de Aizate en torno a 1944, tomando el relevo a Tomasa Isasti, de Belaztegi, su abuela. Al contraer matrimonio ocuparon su puesto sus hermanas Encarnación, Áurea y Miren hasta 1972, en que la nueva Ley de Enseñanza General Básica llevó al cierre de Aizate. Incluso también regentó esta escuela una sobrina suya, María Lourdes, hija de Encarnación, dando así esta familia vida a

esta institución durante un siglo. Josefa falleció el 3 de diciembre de 2016. Su carácter y virtudes se pueden deducir del resumen que hago de la escuela de Aizate.

El edificio escolar de Aizate es muy rústico, sólidos muros con pocas y estrechas aperturas al exterior a modo de saeteras, tejado a dos aguas, una sola planta y sótano. Así era nuestra escuela. Posiblemente en otros tiempos fuera la vivienda de un modesto baserritarra. A su vera, subiendo en suave pendiente prados y manzanales circundados por seto de espinos y zarzales. Casi rozando sus muros discurre el camino vecinal. Enfrente un espeso arbolado compuesto principalmente de acacias. Su nombre, *Aizate*, literalmente quiere decir "*puerta del aire*", o quizá también "*robledal*", por la posible caída de la "t" ante la "z" (aitzarte).

La entrada se hacía por un lateral, directamente a la planta primera, mientras el portón del sótano en el lado opuesto estaba a nivel del suelo, guardando un sensible desnivel entre una zona y otra. Subiendo unos pocos escalones de madera, entramos en la sala-aula, que abarcaba todo el espacio del edificio. Recibía luz por un ventanal al norte, donde se situaba la mesa de la profesora. Ofrecía una hermosa vista a las verdes praderas. En el lateral oeste, otro ventanal daba al camino y a su lado colgaba una pizarra grande. Ocupaban la sala tres hileras de pupitres de cuatro plazas a cada lado de un pasillo central. A la derecha se situaban los niños y a la izquierda las niñas. Al fondo, separado de la sala como tal, un pequeño cuarto, donde una mesita de madera provista de un hueco central, hacía las veces de retrete. Este rudimentario dispositivo recibía el aire y la luz a través de un estrecho ventanuco.

¿En qué momento se convirtió *Aizate* en escuela? Posiblemente remonta sus inicios al gobierno de Primo de Rivera. La población diseminada tenía serias dificultades para asistir a la escuela en los centros urbanos. A finales del siglo XIX el índice de analfabetismo superaba el 40% en Gipuzkoa. En 1930 se celebra el descenso de este índice al 15%, lo que da fe de la funcionalidad de estas *escuelillas*. Se trataba de una escuela unitaria con una estructuración peculiar. Su actividad no fue interrumpida ni por la instauración de la II República ni por la implantación de la dictadura franquista. Así ya en el otoño de 1936, después de



Aizate



tres meses de interrupción por la actividad bélica en la zona, *Aizate* volvió a abrir sus puertas.

En la primera etapa la escuela de *Aizate* fue regentada por Tomasa Isasti. Se habían presentado dos a una oferta municipal y le adjudicaron el puesto a ella. No tenía ninguna titulación académica pero era instruida y de gran rectitud. No en vano se había escolarizado durante algún tiempo en un colegio de religiosas. Aplicaba una estricta disciplina en todo momento, incluso en los recreos. Era una mujer de mucho carácter. Con su largo vestido negro hasta el tobillo, en contraste con un pelo blanco recogido en moño, cuerpo delgado, cabeza erguida, cara rugosa y semblante serio. Prohibía los juegos de contacto entre niños y niñas, como ocurría con el "alamus". En este juego se formaban parejas que tenían que ir unidas de la mano y aquí estaba el peligroso contacto, que trataba de evitar nuestra *maistra* Tomasa para salvaguardar nuestra moral. Pero era un juego muy divertido. Corríamos y corríamos, armando mucha algarabía, y soltándonos de vez cuando, retando al tocador. Tomasa siempre tenía encima de la mesa el arma, una *makilla*, que usaba con alguna frecuencia con los díscolos. Félix, el cojo, hijo de "Dios", así se apodaba el padre, sufría sus efectos, hasta que un día entró en la escuela y arrebató a Tomasa el arma y la hizo desaparecer. Pero descubierta la autoría, le dejó sin muletas hasta que devolviera la *makilla* a su sitio.

Yo nací en Epixkar y comencé a ir a esta escuela en 1944. No podré olvidar mi primer día de clase. Me prepararon a conciencia para el evento. El aseo general, ropa limpia y un pelo rígido de restos del jabón mal aclarado. Al verme entre tanta gente sentí mucha vergüenza y no sabía dónde mirar ni dónde ponerme. Mi hermana Poloni me llevaba de la mano y me protegía. No tardé en adaptarme y hacer buenos amigos, como Salvador, el hijo de "Dios", de Baringarate, Jose-txo, de Fraile... Ya entonces Tomasa era mayor, la conocíamos como la "*maestra vieja*", (*maistra zaarra*). En vascuence el calificativo de *zaarra* otorga a la vejez un sentido más natural y afectivo, mientras que *vieja* parece añadir un matiz negativo, como de algo inservible y desechable.

Josefa, Joxepa para nosotros, era joven y muy guapa. En contraste con Tomasa presentaba un aspecto agradable, siempre sonriente, amable, virtuosa en paciencia, tolerancia y bondad. No necesitaba ninguna *makilla*, bastaba su presencia dulce y amable. Se desplazaba diariamente hasta *Aizate*, unos 4 o 5 kilómetros de distancia. Bajaba hasta *Makutso*, atravesaba *Iturriotz* y en *Estrataburu* recogía el primer niño, bajaba al molino de *Chalaca*, donde aumentaba la comitiva. Después de una ascensión bastante pendiente, llegaba a *Suanza*, rodeada ya de un buen número de niños de otros caseríos, como *Bonaseis* (*Buenos Aires*), *Portugal*, *Bordatxo*... Rodeada de este nutrido grupo de escolares recorría el largo camino enseñándoles

los tipos de plantas, recogiendo fresitas silvestres, y así aparecía entre la arboleda que rodea los prados de Aizate. Hubo niños retenidos en los trabajos de los caseríos, que sintieron envidia al no poder compartir este agradable paseo. A los que la esperábamos en la escuela, su presencia era un motivo de alegría. La tardanza nos preocupaba, temiendo la suplencia de Tomasa por su rigor.

El material de consumo, muy escaso, lo proporcionaba el Ayuntamiento de Erreterria. Nuestra principal herramienta era un pizarrrín de unos 25x25 cm, encuadrado en madera, y un pizarrrillo para marcar sobre él. No usamos cuadernos ni lápices. Después de cada uso con un trapillo se borraba y ya estaba listo. De vez en cuando le pasábamos un trapo húmedo y quedaba su superficie nítida y reluciente. El pizarrrillo debía ser algo más blando que la piedra del pizarrrín, para evitar que dejara fijas las marcas. *Pagetaerria*, cerca de *Baringárate*, era una zona pizarrosa y por la erosión del camino quedaban enormes placas al aire, de los que se podían desprender fácilmente buenos trozos para fabricar nuestros pizarrrillos. También en su proximidad abundaban plantas de saúco, buena materia prima para construir canutos. En la actualidad tienen facilitada la labor con el bolígrafo.

Asistíamos unos veinte chicos y chicas provenientes de Epixkar, Susperregi, Idoia, los tres Artamugarri, Baringarate, Xenpelar, Trabaleku, Txoritokieta, Chalaka, Buenosaires, Portugal, Bordatxo, Estrataburu, Fraile (Iturralde), Listorreta..., pertenecientes a los términos de Oiartzun y Erreterria.

Joxepa iniciaba la jornada escolar con una breve oración. Seguía la lectura, cada uno en su nivel. Aquí cada uno aprendía según su capacidad, dedicación y suerte. No hace falta recordar que nadie sabíamos castellano, siendo nuestro idioma familiar el vascuence. Parece increíble, pero todos los libros, que no eran muchos, estaban en castellano y solamente en castellano.

Se utilizaba como lectura *La buena Juanita*, *Frases*, y *Para mi hijo*. Después de la lectura, *Cuentas*: sumas, restas, multiplicación y división, problemas. No daba tiempo para más. Lo mismo que aprendimos a leer y a escribir con relativa rapidez, las cuentas se nos complicaban bastante, sobre todo en la resolución de

problemas, que estaban propuestos en castellano. Tomábamos nota de los números, los únicos elementos conocidos, y aplicábamos la suma de las cifras que aparecían, y la maestra: - "¡mal!". Aplicábamos la resta, y "¡mal!" A ver si es la multiplicación, y "¡mal, mal, mal!". Y así hasta que acertábamos con la operación que convenía al caso.

No podía faltar el recreo. ¡Después de tanto esfuerzo...! Un merecido esparcimiento en la explanada frente a la escuela. El uso había convertido un espacio de calva entre numerosas acacias. Aquí no tenía la hierba permiso para crecer. Ya expliqué el juego de "alamus". Cuando podíamos, practicábamos el fútbol, aunque de forma singular. Los hermanos de *Listorreta*, dos chicos rubios y robustos, aportaban una pequeña pelota maciza y dictaban las reglas de juego: dividían los jugadores en dos equipos, sólo debían ser jugadores de campo los dos hermanos, uno por bando, y los demás en la portería.

La tercera sesión, la *doctrina cristiana*, la más importante. Según la edad, la maestra tomaba la lección correspondiente. La base era el catecismo y servía al mismo tiempo como preparación a la comunión. La doctrina se completaba con el rezo del rosario. A las niñas les era permitido realizar al mismo tiempo labores de costura o calceta, pues era propio de mujeres. Algún chico también se aplicaba a la calceta, cosa que nos producía sorpresa e hilaridad. Las varillas para estas labores eran de confección artesana, aprovechando las varillas de un viejo paraguas, cuando ya *Joxe el Cacharrero* había desistido de su arreglo.

La jornada escolar terminaba con esta canción:

Aingeru batek Mariari dio:/Graziaz betea.

Jaungoikoaren Semear/Emango diozu sortzea.

Goiz, arrats eta eguarditan,/Ama, goresten zaitugu.

Aingeruaren hitzak berak / Berresaten ditugu.